MEDIO: EL ECONOMISTA
SECCIÓN: EL FORO
PÁGINA: 47
FECHA: 25/AGOSTO/2015

Comunicación Financiera

Atalaya

MARIO RODARTE E.

Los populistas amenazan de nuevo

Algo que ha quedado claro en algunos eventos recientes es que, en tanto los políticos no paguen por los daños causados con sus acciones erróneas, lo seguirán haciendo. ¿Cuáles son esos daños? Uno de ellos es el aumento, o si se quiere ver de otra forma, la conservación de los índices de pobreza y marginación, causados por una muy mala política de asignación de recursos presupuestales hacia programas que no tienen objetivos claros, no cuentan con un padrón confiable de beneficiarios y jamás son evaluados de manera exhaustiva para determinar sus supuestos beneficios sociales. Si queremos vernos un poco más exigentes, debemos incluir los males causados por su práctica anacrónica y corrupta de elevar en forma discrecional los recursos asignados a ciertos programas, como los subsidios indiscriminados al campo, el aumento sin freno en el presupuesto para educación, mediando la intervención de sindicatos corruptos y el reparto de recursos a los gobiernos estatales y municipales sin exigir transparencia y rendición de cuentas.

Ya se van muchos gobernadores, presidentes municipales, jefes delegacionales y legisladores sobre los que pesa, por lo menos, una sospecha de desviación de recursos y enriquecimiento ilícito y, desde luego, nada pasará, para que dentro de algunos años veamos a alguno de sus parientes compitiendo por un cargo público.

Está por iniciar la asistencia de los legisladores en la nueva Legislatura, y decimos asistencia, porque tanto así como los trabajos no podemos darnos el lujo de exagerar; primero deben ponerse de acuerdo en el monto de sus dietas; el tipo de coche que les corresponde; las comisiones que presidirán y cuanto recibirán por ello, y preparar todo y guardar reservas para su generoso bono de salida de la Legislatura. Mucho trabajo, en efecto, para agotar a cualquiera.

No obstante, aquí nos referimos a otro tipo de error nefasto, que nos cuesta mucho a los contribuyentes: el populismo. Resulta obvio que ninguno de los que entrarán recuerda siquiera lo que nos costaron los errores populistas en el pasado, como eso de nacionalizar empresas; consentir a sus sindicatos a cambio de votos, entre ellos los electricistas que ahora entran de nuevo en escena, los mineros, los del IMSS y los maestros; los controles de precios y creer que el gobierno tiene la obligación de otorgar todo tipo de premios y transferencias a cuanto ciudadano piense que lo merece. Tan fácil como ponerlo en alguna ley y luego crear un organismo autónomo para vigilar y asegurar que se cumpla. Doble gasto, mayores beneficios y que las finanzas públicas se pudran.

Ahora, aseguran algunos valientes legisladores que darán marcha atrás a la reforma fiscal, para "lograr que la economía recupere su crecimiento", como si eso fuera posible. Si bien es cierto que el sistema fiscal está peor que el descrito en una novela de algún trasnochado subrealista, no se trata tan sólo de eliminar gravámenes o reducirlos, sin antes ver cómo diablos se va a compensar esa pérdida de recursos, en especial considerando que los precios del petróleo están por los suelos y ahí viene el aumento de tasas. Claro que la clase empresarial, aparte de amenazar con que van a aumentar precios con el pretexto del tipo de cambio, ya está celebrando la fiebre populista que se avecina y de seguro derrochan recursos para capturar legisladores y votos, en las múltiples formas, legales e ilegales, que existen para hacerlo; faltaba más.

Si hasta ahora no ha pasado nada nefasto, no es tanto por la fortaleza macro de la economía, como presumen los próceres del sistema, sino por la paciencia de las calificadoras que siguen derrochando optimismo, pero esto tiene un límite. No hay que rebasarlo.

mrodarte@eleconomista.com.mx